

## Las heroínas de Shakespeare

(Página Femenina)

**E**N la obra del gran poeta inglés hay cuatro figuras que cautivan particularmente la atención, trágicas y deliciosas creaciones, seres de ensueño, de pureza y de gracia. Julieta, Cordelia, Desdémona y Ofelia son en la producción shakespiriana adorables y delicadas figuras; nimbadas de misterio y poesía tienen la virtud de inspirar hondas y torturantes sugerencias.

Son víctimas de la fatalidad, como los personajes de la tragedia griega son perseguidas por el Destino y la Muerte. Es su historia poema de amor y de muerte y es por eso que nos conmueve tan profundamente que el amor y la muerte forman acabado conjunto.

Julieta: apenas quince años, todas las seducciones de la juventud, de la belleza, el fuego de la sangre italiana, un gran nombre.

Pero no es el ardor de su raza lo que la arroja en brazos de Romeo; el Amor terrible, ciego, implacable la hiere, se apodera de ella y Julieta ama al peregrino que en el baile pide la merced de besar su mano. Lo ama porque sí, porque el Destino ha acordado

que viva y muera para el hermoso peregrino que tan dulces cosas le dijo. Y apenas concluída la fiesta, Julieta le confía a su



nodriza el secreto de su amor y dice *«que si es casado la tumba le servirá de lecho nupcial»*.

Las audacias de Julieta provienen de su excesiva ignorancia; en toda la intensidad de su pasión es candorosa, ingenua, y vemos en el segundo acto que han decidido los enamorados casarse.

Y los casa el buen hermano Lorenzo en el mayor secreto porque entre ellos existe el obstáculo de una antigua querrela de familia.

En el alma de Julieta el amor es luz, es sonrisa, es canción; no es el sentimiento atormentado que en Iseult, la trágica enamorada, hace exclamar: *«El cielo, el mar, mi cuerpo y mi vida me atormentan»*.

Ama la niña con toda la pasión de sus quince años, ama sin discutir, sin temer, casi inconscientemente, plenamente abandonada a ese amor suspira cuando canta la alondra y tiene que partir Romeo.

Porque Romeo mató en duelo a un hombre y lo persigue la Justicia.

Pero Julieta en el balcón murmura desfalleciente: *«Qué, quieres partir? Todavía el día está lejos. Es el ruiseñor, no es la alondra cuyo canto acaricia tu oído temeroso! Canta la noche allá en el granado. Créeme amor mío no es la alondra»*.

Però, ay! es la alondra, Julieta. Y con «la luz se acrecientan tus desgracias» y dejará Romeo con un beso último el balcón de sus amores.

En tu alma hasta ahora confiada surgirán trágicos presentimientos porque sobre la frente de tu amado habrás visto palidez de muerte.

Y será la muerte lo que unirá para siempre a los amantes en el lúgubre mausoleo, que inmortalizó su amor. Romeo vé a su esposa con todas las apariencias de la muerte: el veneno lo ayuda a morir, Julieta quiere morir besando sus labios, pero será el puñal de su amado—que ella ensalza—lo que le dará la muerte.

Dos niños apasionados y hermosos mueren por amor. La ley toda poderosa de Amor ciego y cruel los impulsa a arrojar en brazos de la muerte cuando tenían tanto derecho a vivir!

Mas no sabemos que tal esposo hubiese hecho Romeo, y Julieta, con hijos, vieja y aburguesada pierde toda poesía. Para la belleza de la historia era necesaria la muerte que no ha sido para los amantes de Verona fin y conclusión; al contrario amándose hasta el supremo heroísmo sus nombres son inmortales y a cuantos corazones no habrá hecho palpar el romántico y trágico poema. *«No, no es el ruiseñor, es la alondra!»* . . . .

Si Julieta es una flor de pasión, capitosa y ardiente, Cordelia es un lirio blanco y puro, una violeta humilde, fraganciosa, discreta. El drama del Rey Lear tiene una fuerza épica extraordinaria; hay rugidos de tempestad, aullidos de un demente, injusticias sangrientas en la historia del monarca que deshereda a la menor de sus hijas porque no pudo mentir.



Cordelia mesurada y sincera no quiso exagerar su amor filial el Rey Lear la castiga, mas las que tanto afecto le juraron son con él monstruos de ingravidad.

¿Y la suave, la prudente, la ingenua Cordelia, qué hará con su padre, abandonado, errante, envilecido? Como Antígona lo cuidará, conducirá sus pasos, alimentará de su ternura al pobre viejo loco! En el drama del Rey Lear las situaciones llegan a su mayor intensidad y tampoco vemos recompensada la virtud; Cordelia morirá en su prisión y sobre su rostro llorará el viejo como un niño, él que en el campo rugía como la tempestad «*Ya no volverás, no, nunca, nunca, nunca...*»

Oyendo relatar al Moro sus hazañas, aventuras y desgracias brotó en el corazón de Desdémona, la rubia y linda veneciana, un amor apasionado, sincero y purísimo. No escogió por esposo a hermoso y joven galán; el hombre rudo, de oscura faz—pero valiente y varonil— será el que la impulse a dejar su padre y su casa, en un arranque de pasión.

Desdémona frágil suave y delicada, es atraída por la ley misteriosa de los contrastes hácia Othello, el soldado, el hombre de acción, que perdido de amor la matará!

!Pobre, pobre mujercita exquisita y pura, brutalmente victimada por la negra y celosa mano del Moro!

(Volvemos a afirmar que en el teatro de Shakespeare las mujeres son víctimas de la fatalidad; nimba sus frentes virginales la aureola del dolor y del misterio y estas cuatro figuras que evocan son de acabada belleza y honda poesía.)

El Moro también es su víctima; víctima de los celos, de la duda.

perdido, loco de amor, torturado por infame sospecha irá hasta e crimen!

Iago encarna el genio del mal. Cobarde, vil, de alma emponzoñada, inyectará en el espíritu de Othello la duda. Othello, hombre de acción, es sin embargo débil como un niño y a la primera palabra del traidor sospechará de su esposa.

Dicen que cuando la Malibrán—famosa cantatriz del siglo pasado—cantaba la escena del «Sauce», puesta en música por Rossini, hacía llorar a todo su auditorio. Pero aún sin música puede hacer llorar la escena final del cuarto acto.

Desdemona en su habitación, con la camarera Emilia, está llena de tristeza y melancolía. El humor violento y extraño,

Othello la atormenta pero es tan grande su amor que todo se lo perdona. Y entona vieja y plañidera romanza—esperando al Moro mientras que la desviste Emilia. Antes de quedarse sola habla con su doncella de la infidelidad y del engaño y con acento de apasionada sinceridad afirmará su constancia y su lealtad para el hombre que en la sombra espera el momento de victimarla.

Ella nada sospecha y en la pureza de su conciencia no se imagina la tempestad desencadenada en el alma de Othello. El entra a la cámara nupcial y al verla tan bella, tan pura, tan jóven, exclama: «*It is the cause! It is the cause, my soull!*» Esta es la causa alma mía, del bien y del mal, del dolor y de la dicha: el amor, la mujer, el deseo que eleva al cielo y precipita al infierno.

Y él loco de amor y de celos, él enfermo de sospecha y de dudas, apaga la luz para matar, pero antes de matar quiere por última vez embriagarse de su aliento. Ella, entonces, despierta y en diálogo sublime protesta, implora, afirma su amor. Pero el Moro en su demencia cruel nada escucha y muere la inocente niña perdonándole y amándole. Porque comprendía que esa demencia era demencia de amor y él al saber su error se mata para «*morir sobre un beso.*»



La más etérea y espiritual de las heroínas de Shakespeare es Ofelia, la novia del neurótico príncipe de Dinamarca.

Blanca y fantástica visión, humilde y suave, apenas dejará huella en la historia de Hamlet. El, siempre torturado y trágico, irresoluto y débil la ama, pero la idea de la venganza, de la injusticia, su afán de análisis lo persigue y se muestra cruel, terriblemente cruel con la dulce novia, a quien ordenará entrar a un convento.

Ofelia no puede comprender su desdicha. Ella ama al príncipe romántico y triste—que finge ser loco para realizar sus planes y en su ignorancia de niña no sabe el mal de la vida, de la calumnia de los hombres.

Ofelia no puede comprender su desdicha. Ella ama al príncipe romántico y triste—que finge ser loco para realizar sus planes y en su ignorancia de niña no sabe el mal de la vida, de la calumnia de los hombres.

No resistirá la frágil niña al golpe rudísimo. Arrancada brutalmente de su tallo la diáfana y virginal azucena, sin el amor de Hamlet — que fué cruel con ella porque la duda y la indecisión lo torturaban— no irá al convento como él se lo ha ordenado. Irá al

lago profundo que le brinda la paz de sus aguas, y suavemente medida por las olas rumorosas, dormirá coronada de flores. Y en el cementerio Hamlet le jurará su amor, pero ya es tarde! Ha muerto Ofelia herida por la fatalidad, por el amor, por la vida, cuyo inquietante misterio nos hace a veces preguntar: «*To be or not to be*».

En el teatro de Shakespeare hay también otras figuras femeninas deliciosas, como Portia, Titania, Calpurnia, Imógenes. La belleza de este teatro maravilloso está en la observación de la vida que allí palpita trágica, misteriosa y fecunda. Y la poesía de estas historias de amor conmoverá siempre nuestro corazón, y al ruido de los automóviles y estrépito de los cañones superará la música divina de unos versos.



MYRIAM.

(Ilustraciones a pluma por Augusto Madueño)